

MARTIRES

El General "NO IMPORTA"

Por D. Juan Vázquez de Mella

Es la perseverancia la virtud del héroe, y la resignación en el infortunio la del mártir.

Constancia en el combate para no rendirse, y sublime paciencia en la desgracia para no ir por el camino de la desesperación a la locura o a la vileza. Son grandezas del alma que brotan del sacrificio, fuente inagotable de las bellezas morales. Y el sacrificio supone el imperio de la voluntad sobre las sollicitaciones de la concupiscencia y la idea luminosa del deber sojuzgando al entendimiento, y las dos cosas juntas una energía irresistible que hace de la vida un dilema entre el honor o la muerte.

Ni la victoria colma nuestros anhelos, ni la desgracia rinde con la prostración del desastre nuestras fuerzas.

España, que, paladín armado del derecho, ha salvado en una cruzada, siete veces secular, la civilización universal del simón de los desiertos africanos; y en las contiendas de este siglo, luchando cuerpo a cuerpo con la revolución, ha demostrado que será, en la nueva edad que ya comienza, la Covadonga de Europa.

Nuestro pueblo hace de la desgracia el escabel de la fortuna, y de la derrota el pedestal de la victoria.

Por eso, al conmemorar a nuestros mártires y a nuestros héroes, sería la mayor de las injusticias no celebrar la memoria del más grande de los héroes y los mártires, del que resume y condensa así toda nuestra historia y compendia en su nombre, que significa la firmeza del triunfo y el desprecio de la muerte, todos los rasgos de nuestro carácter, el sublime general NO IMPORTA, emblema de nuestra raza.

El joven Príncipe que después se llamó Carlos V, oponiendo a Napoleón, en el castillo de Marrac, el non possumus del honor en medio de la debilidad y vileza de Carlos IV y Fernando VII, se yergue, al lado de los que cayeron en el Parque y entre los escombros de Zaragoza, como una de las figuras más hermosas, que el odio político ha tratado de cubrir con el velo del silencio, en ese cuadro portentoso que iluminan las descargas del 2 de mayo, las bombas de Gerona y las estrellas arrancadas al cielo de la victoria en Arapiles y Bailén.

Desde el héroe de Arquijas hasta los mártires de Abanto, en las ondas de ese río de sangre generosa que socava los muros del agrietado alcázar revolucionario, se oye, como un murmullo solemne que parece la voz de la Patria, el perpetuo NO IMPORTA español que nos recuerda el deber de no rendirnos nunca al infortunio y alzar altivos la frente en las horas de las grandes tristezas nacionales, recordando las magnificencias del pasado, para salir de las desgracias del presente, fijos siempre los ojos en aquella Bandera que ondeará con su lema glorioso, cifra de nuestros amores y de nuestras esperanzas, sobre los trofeos de la victoria el día en que, aplacada la justicia de Dios con la penitencia, podamos recoger el galardón de tantos sacrificios como aun en este siglo ha ofrecido el gran héroe y el gran mártir, el general NO IMPORTA, oponiendo su pecho a la metralla para que no llegara hasta el altar.

(Artículo publicado en "El Correo Español" de Madrid, el 10 de marzo de 1905).

Honor y gloria a los Mártires de la tradición

INSTITUCION DE UNA FIESTA NACIONAL

Venecia, 5 de noviembre de 1895.

Mi querido Cerralbo (1): Ya te rogué por telégrafo dieras las gracias en mi nombre a los muchísimos que de toda España me facilitaron ayer por mi fiesta. Al reiterarlas por escrito, quiero comunicarte un pensamiento que, desde hace mucho tiempo, deseo encerrar en forma concreta.

Grandes son los progresos que, merced a tu inteligente iniciativa, a la cooperación generosa de todos los que te ayudan, y también a la fuerza de persuasión de la verdad y la justicia tenaz y serenamente confesada, ha logrado nuestra Causa.

Pero si orgullosos podemos estar del presente, cúmplenos no olvidar lo mucho que debemos al pasado.

¡Cuántas veces encerrado en mi despacho, en las largas horas de mi largo destierro, fijos los ojos en el Estandarte de Carlos V, rodeado de otras 50 Banderas tintas en sangre nobilísima, que representan el heroísmo de un gran pueblo, evoco la memoria de los que han caído, como buenos, combatiendo por Dios, la Patria y el Rey!

Los Ollo, los Ulibarri, los Francesch y los Andéchaga, los Lozano, los Egaña y los Balanzátegui, nos han legado una herencia de gloria que contribuirá, en parte no pequeña, al triunfo definitivo que, con su martirio, prepararon.

Al fin cada uno de esos héroes ha dejado en la historia una página en la que resplandece su nombre.

En cambio, cuántos centenares de valerosos soldados, no menos heroicos, he visto caer junto a mí, segados por las balas, besando mi mano, como si en ella quisieran dejarme con su último aliento, su último saludo a la Patria! ¡A cuántos he estrechado sobre mi corazón en su agonía!

¡Cuántos rostros marciales de hijos del pueblo, apagándose en la muerte con su sublime estoicismo cristiano, llevo indeleblemente grabados en lo más hondo de mi pecho, sin que pueda poner un nombre sobre aquellas varoniles figuras!

Todos morían al grito de ¡Viva la Religión! ¡Viva España! ¡Viva el Rey!

Con la misma sagrada invocación en los labios, ¡cuántos otros han entregado el alma a Dios, mártires incruentos, en los hospitales, en la emigración, en las cárceles, en la miseria, matados aún más que por el hambre, por las humillaciones, y todo por no faltar a la fe jurada, por ser fieles al honor, por no doblar la rodilla ante la usurpación triunfante!

Nosotros, continuadores de su obra, y herederos de las aspiraciones de todos ellos, tenemos el deber de honrar su memoria.

Con todo este objeto propóngome que se instituya una Fiesta Nacional en honor de los mártires que, desde el principio del siglo XIX, han perecido a la sombra de Dios, Patria y Rey en los campos de batalla y en el destierro, en los calabozos y en los hospitales, y designo para celebrarla el 10 de Marzo de cada año, día en que se conmemora el aniversario de la muerte de mi abuelo, Carlos V.

Nadie mejor que aquel inolvidable antepasado mío personifica la gigantesca lucha, sostenida contra la revolución, por la verdadera España, durante nuestro siglo.

En los albores de éste, digno émulo de los héroes de la Independencia por su entereza y su inflexibilidad, irguióse en frente de Napoleón, que, en el apogeo de su poder, no consiguió doblegarle, como encarnación augusta de la Monarquía Española.

En el segundo período de su vida ejemplar, reinando su hermano, fué también, en la primera grada del trono, celoso custodio de las virtudes y tradiciones monárquicas, a la par que modelo de súbditos.

Y por último, a la muerte de Fernando VII capitaneó la guerra de los siete años, que ha servido para dar nombre gráfico y definitivo a los defensores de la bandera de la antigua España: los Carlistas.

Estas razones me han determinado a escoger la fecha del 10 de marzo, que, además, despierta en mí conmovedores recuerdos personales, por ser aquel mes el culminante de la Campaña de Somorrostro, y en el que vi morir mayor número de valientes al lado mío.

Ya conoces mi deseo, mi querido Cerralbo. Hazlo saber de antemano, como Representante mío, a nuestras Juntas, a nuestros Círculos, y a nuestra Prensa, para que se preparen a celebrar, desde el año próximo, con la solemnidad debida, esta Fiesta Nacional.

En ella debemos procurar sufragios a las almas de los que nos han precedido en esta lucha secular, y honrar su memoria de todas las maneras imaginables, para que sirvan de estímulo y ejemplo a los jóvenes, y mantengan vivo en ellos el fuego sagrado de amor a Dios, a la Patria y al Rey.

Los Círculos podrían, por ejemplo, premiar aquel día estudios históricos sobre los héroes de las respectivas localidades; la prensa ensalzar y divulgar sus hechos más gloriosos y propagar sus retratos, las Juntas organizar funerales en cada provincia y, si se conservan sus restos, restaurar en lo posible sus sepulcros y convocar a nuestros amigos para que recen sobre sus tumbas.

Obra del corazón ha de ser esta fiesta, y, con tributos del corazón, hemos de celebrarla, más que con ostentosas manifestaciones.

La fe, la gratitud y el entusiasmo reemplazarán en ella, con creces, el fausto y la pompa, que no se avienen bien, ni con los gustos de la gran familia carlista, ni con la situación en que se halla por su desinterés sublime.

Dame cuenta, te ruego, de todas las adhesiones que recibas a esta idea y de los preparativos que se hagan en toda España para esta Fiesta Nacional, que yo, desde el destierro, presidiré con todo el fervor de mi alma.

Guárdete Dios, como muy de corazón lo desea, tu afectísimo

CARLOS.

COLOFON

Don Carlos VII, fallecido el 18 de julio de 1909, dejó en su Testamento Político, dirigido "A TODOS LOS CARLISTAS", una cláusula que confirma el mandato que dirigiera a su Jefe Delegado, el Excmo. Señor Marqués de Cerralbo, el 5 de noviembre de 1895, y en dicha cláusula dice textualmente:

"...Y a vosotros que con tanto tesón los defendisteis (los santos ideales de toda su vida) al lado mío, alcanzará también mi supremo adiós. A todos os tendré presentes y de todos quisiera hacer aquí mención expresa. Pero ¿cómo es posible, cuando formáis un pueblo innumerable?"

"Mi agradecimiento a los vivos y a los muertos de nuestra Causa.

"Para probarlo y perpetuar su memoria instituí la fiesta nacional de nuestros mártires. Continuadla religiosamente los que hayais de sobrevivirme. Congregaos para estímulo y aliento recíproco y en testimonio de gratitud a los que os precedieron en la senda del honor, el día 10 de marzo de cada año, aniversario de la muerte de aquel piadoso y ejemplarísimo Abuelo mío, que, con no menos razón que los primeros caudillos coronados de la Reconquista, tiene derecho a figurar en el catálogo de los Reyes genuinamente españoles".

EN EL 10 DE MARZO

Sangre Fecunda

"La sangre de nuestros mártires de otros días ha hecho brotar, generosa, la de un muchedumbre de nuevos mártires, que, ante el mundo desequilibrado de nuestros días, han mostrado a España levantándose en un arranque admirable de abnegación".

Javier de Borbón-Parma.

¡Admirable compenetración de ideas y de sentimientos la que siempre hubo entre los augustos Jefes de la Comunión Tradicionalista!

Si abrimos al azar el libro sublime de la historia carlista, y posamos nuestra mirada en uno cualquiera de los documentos de los Reyes de la Legitimidad proscripita, difícilmente sabremos adivinar a cuál de aquellos Reyes debe su existencia el escrito que estamos ojeando.

Es tal la intensidad de sentimiento y de expresión en nuestros insobornables Soberanos, que bien pudiéramos creer que unas letras de Don Alfonso Carlos, por ejemplo, hubiesen sido redactadas por Carlos V, que rigió a la España tradicional exactamente cien años antes.

Es que la dinastía carlista, a través de los hombres que la encarnaban, ha sabido siempre "sentir a España", como hoy se diría. Por eso sus Reyes han coincidido siempre, cuando en proclamas o manifiestos patrióticos, explanaban doctrina política, foral o social. Y coincidían así siempre, porque en la Comunión Católica-Monárquica, lo mismo para los augustos Caudillos, que para los vasallos todos, siempre el punto de mira es Dios.

De aquí que los Reyes carlistas, intérpretes en todo momento del credo tradicionalista, hubiesen forzosamente de coincidir plenamente en sus actuaciones soberanas.

Eran Príncipes Católicos que sólo anhelaban una España grande, con armonía de regiones, en las que ellos, primeros servidores y soldados de la Patria, reinarian debajo, entendiéndose bien, de Cristo Rey, cuya soberanía es la esencia y el todo del Carlismo.

Estas consideraciones las sugieren las palabras que encabezan estas líneas, pronunciadas por el Príncipe-Regente de nuestra Comunión, Don Javier de Borbón-Parma, en su primera actuación como tal Regente, allá en Austria, ante el cadáver, todavía insepulto, del llorado Don Alfonso Carlos.

Cuando este Príncipe (la primera vez que levanta su voz como Abanderado de la Tradición) muestra al mundo la sangre de los mártires de ahora, parece que vemos revivir y hasta compendiarse en él, la grandeza de los Soberanos todos de la Legitimidad proscripita.

Sobre todo parece que se percibe en esas palabras, el espíritu piadoso de nuestro gran Rey Carlos VII, que un día impuso a los Carlistas la dulce obligación de ce-